



Questiones de **RUPTURA**

Revista Interdisciplinar de las Ciencias Sociales Latinoamericanas
Centro de Investigación para el Desarrollo Social y Cultural (CIDESC)
de Inprosisistemas del Norte, Cúcuta, Colombia.

Vol. 2 N°. 1. Enero-Junio, 2018 ISSN:2538-9645.

Gustavo Vallejo

CONICET / CEHMe – UNQ, Argentina.

José Gabriel: un emergente de la “nueva generación” argentina en tiempos de la Reforma Universitaria (1920-1932)¹

José Gabriel: an exponent of Argentinian “new generation” in times of University Reform (1920-1932)

Resumen

En este trabajo se abordan aspectos de la trayectoria de un intelectual perteneciente a la “nueva generación” argentina que intervino decisivamente en la Reforma Universitaria. Se trata de José Gabriel, de quien se analizan, especialmente, ideas y prácticas vinculadas a la promoción de la cultura popular, las cuales se despliegan ante la resistencia que ofrecen distintos saberes académicos consolidados. Dentro de esa tensión, José Gabriel, un español naturalizado argentino, generará resonantes polémicas a lo largo de un período en el que mantiene un vínculo continuo con la Universidad Nacional de La Plata, entre 1920 y 1932.

Palabras clave: Argentina, José Gabriel, Nueva Generación, Reforma Universitaria.

Abstract

In this work we approach some aspects of José Gabriel's trajectory. He was an intellectual belonging to Argentinian “new generation” that participated decisively in the “University Reform” given in this country. So, we will analyse his ideas and practices linked with popular culture and its promotion; those which were development against different and well consolidated academic knowledges. Within that tension, José Gabriel, a Spanish citizen nationalized Argentine, generated resonant controversies over the same time period that he kept up a continuous work link with the Universidad Nacional de La Plata, from 1920 to 1932.

Keywords: Argentina, José Gabriel, New Generation, University Reform.

Recibido: 17-8-2017

Aceptado: 10.10.2017

¹ Trabajo realizado en el marco del proyecto: “De la cultura letrada a la cultura política: intelectuales, científicos y voluntad de poder en tiempos de crisis” (PIP-CONICET 112-201501-00463CO). Agradezco especialmente a Hugo Biagini por incentivar-me a explorar la figura de José Gabriel. También a Norberto Galasso por permitirme el acceso a su archivo personal.

Introducción: José Gabriel y la “nueva generación”

El despuntar del siglo XX vio consolidar en el Cono Sur la figura del intelectual que lograba profesionalizarse dentro de una creciente interdependencia con los mecanismos de reconocimiento académico. Para quienes llegaban a ese espacio delimitado de producción del saber aquilatando un compromiso social, la cuestión también supuso transitar con un sutil equilibrio por las autorizaciones necesarias para tender puentes hacia el universo de lo popular sin que eso supusiera ceder las posiciones ganadas dentro de la cultura letrada.

Así, una forma de pensar en la región la novedosa irrupción de la figura del intelectual moderno y comprometido, nos lleva a interpelar su relación con el poder desde las mediaciones que se establecen en la dialéctica entablada entre lo culto y lo popular (Grignon y Passeron, 1994). Porque ella exigió una capacidad adaptativa para sostener las legitimaciones académicas y al mismo tiempo proyectar inquietudes que desbordaban ese espacio esencialmente excluyente lanzándose al plano social, sin que, al hacerlo, se viera resentido el reconocimiento adquirido.

En esa delicada relación se moverán intelectuales con disímiles resultados. Sobre todo, aquellos que en torno a la Reforma Universitaria se constituyeron en una “nueva generación” dispuesta a encarnar ese desafío en la Argentina de entreguerras². Uno de esos intelectuales fue José Gabriel López Buisán.

Nacido en Madrid en 1896, llegó a Buenos Aires en 1905. Desde muy joven abrazó el periodismo, mientras desarrollaba sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Su nombre se asocia al Colegio Novacentista, fundado en 1917 y constituido en uno de los “antecedentes más inmediato de la Reforma Universitaria” (Del Mazo, 1941: 462-474). A ello le sucederá la publicación de trabajos que atraviesan la filosofía, la literatura social y el arte, con los que se situó como una de las más promisorias figuras del campo cultural argentino en torno a 1920. Pero José Gabriel -así se dio a conocer públicamente-, fue también un intelectual que ancló sus inquietudes en la cultura popular abogando, entre otras cosas, por incorporar modismos de una historia local desde el derecho de una nación a poseer una lengua no regida por cánones extranjeros (Korn, 2015: 19).

Si su aparición en la esfera pública coincide con las repercusiones de la Gran Guerra y el advenimiento en la Argentina del primer gobierno de extracción popular, el golpe de estado de 1930 y sus secuelas nos permiten establecer el fin de lo que sería en él un período particularmente intenso. Porque a su vez, el impacto sufrido por el golpe, mucho mayor que en otros intelectuales coetáneos, plantea cuestiones a analizar que nos reconducen a nuestro punto de partida. Y es que su valoración intelectual nunca se escindió del recelo con el que eran seguidas las excesivas invocaciones dirigidas al universo de lo popular. Y allí entonces cabe preguntarse ¿hasta dónde lo popular establece, más que una apropiación de la cultura, otra forma cultural y cuáles serían en ella los rasgos académicamente valorables? O también ¿qué tipo de relación con lo popular autoriza y desautoriza la Academia? Porque quizás eso permita apreciar mejor el trasfondo en el que José Gabriel se mueve inestablemente, en una permanente tensión entre acumular reconocimientos y

² Sobre la “nueva generación” véase: Cossio (1927) y Vásquez (2000).

ver los resentidos en el mismo mundo académico del que es parte. Estas preguntas quizás ayuden también a echar luz sobre la trayectoria de José Gabriel, en la misma medida en que podrían hacerlo sobre los llamativos silencios en los que ella quedó envuelta³.

Verdadero arquetipo de la “nueva generación” surgida en torno a la Reforma Universitaria, José Gabriel fue un polímata del pensar y del hacer. Alfredo Bianchi se jactó de descubrirlo siendo casi una criatura y en 1914 publicó sus primeras poesías en *Nosotros*, a las que les sucedieron textos de diversos géneros. Era un “autodidacta”, “joven, audaz y de talento”, que “demostró en polémicas varias, conocimientos raros para su corta edad y no inferiores a los de sus contrincantes, maduros universitarios” (Bianchi, 1920: 6).

Afianzando una corriente antipositivista de la que pronto será uno de sus referentes, analizó en la revista PBT el Curso sobre Kant dictado en 1916 por José Ortega y Gasset. Luego inició una muy fructífera vinculación con Benjamín Taborga, con quien compartió la fascinación por el pensamiento humanista del catalán Eugenio D’Ors -*Xénius*-. De allí derivó la creación del Colegio Novecentista⁴, concitando un conjunto de voluntades unidas sólo por un vago idealismo y aun desde ese básico punto de partida valorado por Coriolano Alberini como el mayor intento por dotar de contenidos culturales a la Universidad (1963: 161). El propio Alberini explicaría la crisis en la que entró ese emprendimiento que tenía en José Gabriel a su “figura más brillante” (1963: 162), cuando, frente al estallido universitario de Córdoba, debió asumir una posición. José Gabriel se adelantó en saludar “el comienzo de una reacción universitaria nacional, fecunda en valores que corresponden a los tiempos modernos” (*cfr.* Vásquez, 2000: 66) y envió un telegrama, mientras Alberini redactaba un Manifiesto donde quedó plasmada esa postura (1963: 165-166) provocándose un inmediato cisma por el rechazo de quienes sostenían una visión católica y tradicionalista que, a la postre, sería la prevaleciente⁵. José Gabriel entonces se apartó del Colegio Novecentista que había cofundado, coincidiendo esa decisión con el impacto de la prematura muerte de Taborga.

El fin de la Gran Guerra y las expectativas de la revolución rusa añadieron nuevas motivaciones a su labor que se afirma en una nueva orientación: “de literato, casi exclusivo, pasó a hombre de acción” (Bianchi, 1920: 7). En el diario *La Prensa*, donde se desempeñaba desde 1916, José Gabriel inició una paralela labor sindical fundando la Federación de Periodistas y Afines, de la que fue su Secretario General dentro de la órbita de la FORA del X Congreso. Desde ese rol, y ya inmerso en el contexto de la Semana Trágica, condujo a comienzos de 1919 una huelga que tendría derivaciones muy significativas. El diario vio nueve días interrumpida su aparición, en lo que fue un acontecimiento único en la historia del periodismo argentino. José Gabriel fue despedido y con su padre, que no se adhirió a la huelga, rompió definitivamente, traducándose aquello en el afianzamiento del abandono de los apellidos López Buisán. Así, José Gabriel buscaba con su nombre transmitir

³ Después de su muerte producida en 1957, pasarán muchos años hasta encontrar abordajes a su obra. Entrado este siglo Norberto Galasso (2005) fue el primero en llamar la atención sobre ignorados rasgos de singularidad. También Horacio Tarcus (2007) se ocupó de él y la Biblioteca Nacional publicó una obra con textos en los que José Gabriel situó la cuestión del idioma dentro de sus coordenadas ideológicas centrales, cuya selección y estudio preliminar estuvo a cargo de Guillermo Korn (2015) -homónimo de quien fuera alumno de José Gabriel-. Una reciente obra integra a José Gabriel entre los principales intelectuales de izquierda que se sumaron al peronismo (Korn, 2017).

⁴ José Gabriel redactó el *Manifiesto fundacional* del 23 de junio de 1917. Del Mazo (1941: 469-470).

⁵ Sobre el Colegio Novecentista véase: Biagini (2012: 202-206), Fuentes Cordera (2014).

una condición de orfandad que él mismo utilizaría como un elemento autoidentificador central, el cual, lejos de entenderlo como una carencia, sería un refuerzo en su condición de joven de la “nueva generación” que rechazaba todo tipo de complicidades con el pasado.

Por entonces José Gabriel ya había entrado en contacto con Manuel Ugarte, quien lo sumó a la redacción de su periódico *La Patria*. También las revistas *Nueva Era* y *El Hogar* pasarían a contarle luego como un colaborador estable.

Y si tras la acción sindical en *La Prensa* fue interdictado por ese y otros medios, nuevas polémicas lograrían igualmente reinstalarlo en el campo cultural. La más significativa apuesta en este sentido tuvo que ver con redescubrir al poeta Evaristo Carriego a fin de iluminar una particular forma de pensar la literatura argentina. En Carriego, fallecido en octubre de 1912, encontró al escritor de las “orillas” que elevó al rango de poesía los motivos ordinarios del arrabal porteño. Y se abocó entonces a analizarlo desde lo que había allí en esencia: una verdadera clave interpretativa de la cultura popular de Buenos Aires. Si ante el avance de la ciudad moderna, José Hernández en el *Martín Fierro* había sido el mejor intérprete de la resignación de roles del gaucho, Carriego lo sería de la posterior resignación del suburbio porteño a ese proceso que señalaba la definitiva compenetración del campo con la ciudad. Para José Gabriel, estaban allí los fundamentos de una cultura con sus “giros nacidos del puro sentimiento del pueblo”, “lógicos, fieles al genio de la lengua” (José Gabriel, 1921: 74), que se constituirían en el “alma del tango”, con las “penas y dichas” de “lo eterno femenino” que estaba en “la costurerita que dio aquel mal paso”, “el mito más popular de Carriego” (José Gabriel, 1921: 57). Vale decir, las penas del arrabal y el rol de lo femenino, contenían allí los rasgos sufridos, sensibles y solidarios que forjaron aquella cultura porteña que irrumpe con la modernidad.

Enlazando a Carriego con *Martín Fierro* (al que Ugarte definió como el “gran poema nacional”, el “luminoso origen” de “nuestra literatura”⁶) José Gabriel presentaba una tendencia literaria contrapuesta a otra de corte europeísta que estaba mucho más extendida en nuestro medio. De hecho, cuando Aníbal Ponce se opuso enérgicamente a ese esquema dual, no hizo más que reforzarlo con su intento de invertir su carga valorativa. “Esa tradición de la cual según dice, se apartaron todos nuestros poetas, con excepción de los gauchescos, no es ni puede ser la tradición argentina. *Martín Fierro* considerado como piedra angular de nuestra literatura, es simplemente un absurdo”. Y dejando un claro posicionamiento acerca del sitio en el que debía buscarse la tradición, completaba su razonamiento de manera tajante: “los argentinos actuales queremos ser nada más que lo que somos: europeos modificados por el medio” (Ponce, 1921: 393). De ahí que el *Carriego* de José Gabriel llevara a Ponce a plantear que “el interés problemático que el mundo pueda tener en la vida de los gauchos, raza miserable y oscura que la Historia ignora”, no debía “ilusionarnos” puesto que “es una simple curiosidad exótica” (Ponce, 1921: 393-394).

⁶ El *Martín Fierro* fue objeto de intensas reflexiones en 1913, cuando *Nosotros* realizó una encuesta sobre el tema, respondida por Ugarte, entre otros. Las motivaciones inmediatas de ese evento se hallan en las conferencias sobre *Martín Fierro* dictadas por Lugones en el teatro Odeón. La encuesta también se conecta con las conferencias que en ese mismo año brindaron Ricardo Rojas y Carlos O. Bunge sobre el tema, al asumir la cátedra de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires y en la Academia de Filosofía y Letras, respectivamente (Altamirano, 2016).

José Gabriel ya había logrado instalar una polémica central en torno a la identidad y la cultura popular, obligando a que sus adversarios se expusieran sin tapujos. Esto sería sólo el inicio de sucesivas disputas emprendidas, en las que exhibía una sorprendente audacia para decir “cosas que pasmaban” por el gusto de “estar en contra de todo el mundo” (Gálvez, 2003a: 598), aunque en verdad esa actitud se transformaría en un serio problema cuando lo que contrariaba era la alta cultura.

Abordaremos aquí aspectos de esa conflictiva relación mantenida por la Academia con un intelectual que, envalentonado por su pertenencia a la “nueva generación”, hace de la función social que cumple un vehículo de difusión de la cultura popular. Para eso, nos abocaremos a dar cuenta de distintas formas en las que los cruces entre lo culto y lo popular colocaron a José Gabriel en el centro de disputas que adquirieron una dimensión ideológica profunda a lo largo de un período signado por la impronta de la Reforma Universitaria.

En la ciudad universitaria

El torbellino desatado por la Reforma Universitaria llevó a José Gabriel hacia La Plata, ciudad que empezaba a singularizarse por la presencia de un estudiantado más masivo y procedente de diversos países del contexto latinoamericano. Esos cambios se sobreimprimían a las propias características de aquello que, desde su origen, había sido una “ciudad letrada” para convertirse ahora en la ciudad universitaria argentina por antonomasia⁷.

La Reforma Universitaria motorizó aquel proceso tras impactar diferencialmente en los primeros tres focos desatados. En efecto, la agitación estudiantil iniciada en Córdoba, en junio de 1918, se prolongó al año siguiente a Buenos Aires y en 1920 alcanzó a La Plata, dejando a su paso improntas bien diferenciadas. En Córdoba, el levantamiento estudiantil denunció el anacronismo de una casa de altos estudios signada por el carácter impreso por los jesuitas que la fundaron en el siglo XVII⁸; en Buenos Aires, reaccionó ante su exagerado perfil profesionalista (Halperín Donghi, 1962); mientras que en La Plata se antepone el cuestionamiento al elitismo universitario⁹. Vale decir, aun dentro de las coordenadas generales idealistas y vitalistas que enmarcaban el levantamiento en nombre de una “nueva generación” que demandaba participación en las decisiones¹⁰, la Reforma moduló su accionar en virtud de los mayores problemas identificados en cada institución, residiendo sus peculiaridades en el profundo anticlericalismo expresado en Córdoba, el antiprofesionalismo volcado a la lucha en Buenos Aires y el antielitismo enarbolado en La Plata.

La Reforma sacudía así a las principales instituciones universitarias de la Argentina con una idea democratizadora en común y propósitos particulares. Y de las tres vertientes señaladas, la platense tenía una notable correspondencia con las inquietudes personales de José Gabriel.

⁷ El concepto de Richard Morse fue utilizado para explicar el origen de La Plata como un espacio urbano concebido por y para la experimentación de la cultura científica (Vallejo, 2007)

⁸ Sobre la impronta del pensamiento de liberales del siglo XIX, como Domingo Sarmiento, en las representaciones que los reformistas del '18 hicieron de una Córdoba “claustral”, “encerrada sobre sí misma” por el peso de la Iglesia Católica (Agüero, 2016).

⁹ Para el filósofo Alejandro Korn que acompañó desde un comienzo el levantamiento estudiantil, “la Universidad de La Plata era entre todas, la que había generado mayores situaciones de privilegio y fomentando el aristocratismo de crónica social”. Cfr. Castiñeira (1985: 114).

¹⁰ Sobre el vitalismo, con las diversas modulaciones expresadas en la Argentina, véase: López (2010).

En La Plata los cuestionamientos se centraron en el funcionamiento del Colegio Nacional que mucho debía al auge del positivismo pedagógico. Desde la nacionalización de la Universidad en 1905, su fundador y presidente, Joaquín V. González le había asignado a dicha institución secundaria un notable protagonismo dentro del plan general, concibiendo allí el ámbito para “capacitar a los más capaces”, a través de una sociodarwiniana selección de aptitudes iniciada a la menor edad en que ellas pudieran detectarse. El modelo educativo era deudor de una tradición anclada en las *Public School* inglesas, preparatorias para ingresar a las muy exclusivas Universidades de Oxford y Cambridge, y a las que se debe la creación del vínculo entablado entre el deporte y la actividad intelectual dentro de un preciso trayecto educativo. Para lograr ese *continuum*, las *Public School* gestaron el Internado moderno, que integrará el núcleo del programa universalizado por el movimiento internacional de la Escuela Nueva, donde al tiempo de la actividad dentro del Colegio en sí se sumaba el de otras tareas guiadas por tutores con los que una veintena de jóvenes convivían en un Internado de puertas abiertas. Esto fue escrupulosamente replicado en una Universidad que dispuso para tal fin del primer *campus* creado en Argentina y el Internado del Colegio Nacional, su institución más emblemática que pasó a dirigir Ernesto Nelson, un reconocido pedagogo que retornaba al país tras desempeñarse en los Estados Unidos con el filósofo de la educación John Dewey¹¹. A cargo de Nelson quedaba entonces la tarea de convertir un puñado de jóvenes preadolescentes en futuros *gentleman*, dirigentes forjados en un distanciamiento de la sociedad que era entendido como el reaseguro para la eficacia del nuevo experimento pedagógico y político de relegitimación del orden conservador.

En ese Internado, justamente, los reformistas identificaron las mayores injusticias. Así, tras una prolongada huelga estudiantil y sucesivos cambios en el elenco directivo, fueron alcanzados los dos objetivos principales perseguidos: la reforma de los estatutos y el cierre del Internado. El movimiento reformista asestaba así un golpe directo al corazón del programa implementado por González que se completaba en agosto de 1920 con la designación como nuevo Rector del Colegio Nacional de Saúl Taborda, un abogado egresado de La Plata que acompañó el surgimiento del movimiento estudiantil en Córdoba y encarnaba la visión más radicalizada de la reforma impulsada¹².

Los cambios alcanzaron también a la Sección Pedagógica, creada por Víctor Mercante y situada a la vanguardia de la psicología experimental argentina como una suerte de “escolástica de laboratorio” (Biagini, 2005). El desplazamiento de la centralidad que ese espacio poseía en la Universidad, tras la salida del propio Mercante, también implicó redefiniciones en el Liceo de Señoritas que estaba bajo su órbita. Había nacido en 1907 conjuntamente con el establecimiento del mismo tipo inaugurado en Buenos Aires, siendo los dos primeros que en Argentina se concebían como la contraparte de género de los respectivos Colegios Nacionales: unos formaban mujeres que se desempeñarían en la educación y otros futuros dirigentes. En el caso de La Plata, el Liceo quedó a la zaga de los cambios operados en la Facultad de Ciencias de la Educación, cuya nueva denominación fue una elocuente demostración de la orientación perseguida: desde 1920 pasaba a ser Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, donde Ricardo Levene reemplazaba a Mercante en su conducción, y al decir de Alberini dejaba de “ser la catedral del método absoluto” (1963: 156).

¹¹ El campus de la Universidad Nacional de La Plata se localizó en el bosque, en Avenida 1 entre 47, 50, en un predio de 18 hectáreas en el que quedaron comprendidos los edificios del Colegio Nacional, Internados n° 1 y n° 2, el Instituto de Física y el Gimnasio (Vallejo, 2007: 211-293).

¹² Sobre Saúl Taborda véase Southwell (2011). Sobre el estallido de la Reforma en La Plata y la llegada de Taborda a la conducción del Colegio Nacional, véase: Biagini (2012: 111-180), Vallejo (2007: 317-359 y Graciano (2017: 55-71).

La Reforma en La Plata tenía un fuerte impacto en el Colegio Nacional y en la principal usina del pensamiento positivista montada por Mercante, sacudiendo también al Liceo de Señoritas que, para renovar los contenidos impartidos, conformaba un nuevo elenco de profesores. Eso posibilitó que José Gabriel en marzo de 1921 accediera a la Cátedra de Literatura y que, además, ocupara un lugar destacado en el propio Colegio Nacional.

En la Casa del Estudiante

Con Taborda al frente del Colegio Nacional, tomó estado público una propuesta de enorme carga simbólica que el nuevo rector impulsaba en reemplazo del Internado. Era la Casa del Estudiante, una institución que adoptó el ejemplo de la Residencia de Estudiantes en Madrid, en tanto centro para el desarrollo de diversas experiencias sociales y artísticas (Taborda, 1921). Allí, se buscaba conciliar masividad y gusto estético en una institución abierta a todos los que quisieran participar de actividades que comprenderían socráticas rondas de disertaciones, lecturas y conversaciones públicas. También funcionaría una biblioteca popular, una imprenta y actividades tendientes a prolongar anteriores actividades, pero ahora poniéndolas al alcance de toda la sociedad, masificando aquello que antes usufructuaba una élite. Desde una chacra y una carpintería al teatro y los espacios para la práctica deportiva que tenía su lugar en el *campus*, todo ello integraba la Casa del Estudiante. Asimismo, y bajo una idea de difusión popular de la cultura, inspirado en Jean-Marie Guyau y William Morris, nacería el Taller del gusto estético (Vallejo, 2016: 91-92).

A cargo de la Casa del Estudiante, que articulaba este vasto programa de extensión universitaria quedaría, precisamente, José Gabriel. En 1921, entonces, el edificio número 1 del Internado situado en la Avenida 1 y 47 de La Plata, se transformaba en la nave insignia del nuevo emprendimiento que José Gabriel pasaba a conducir para que fuera la más radical contracara de aquel que dirigiera antes Ernesto Nelson. Y vale la pena destacar estas correlaciones para advertir que, con sólo 25 años, José Gabriel encarnaba desde el programa reformista un lugar equivalente e ideológicamente antagónico al que, dentro del orden conservador, había ocupado una figura de enorme relevancia en la pedagogía argentina (Dussel, 1997: 123-147; Vallejo, 2007: 211-315).

La Casa del Estudiante de La Plata quedó inaugurada el 21 de setiembre de 1921, tras un acto que tuvo como protagonista a Eugenio D’Ors. El filósofo catalán había llegado a la Argentina en junio de ese año por impulso de Deodoro Roca y la Institución Cultural Española que entendió ese viaje como una prolongación de la exitosa visita anterior de Ortega y Gasset. Y agregaba a una inicial estadía en Córdoba la escala en La Plata donde José Gabriel era su mayor interlocutor (José Gabriel, 1922).

D’Ors dictó un curso en el Colegio Nacional, enmarcado en una más amplia estrategia de integración cultural de la Universidad platense con el mundo hispano que expresaba los profundos cambios que sobrevinieron al estallido de la Reforma. Anteriormente, el positivista Agustín Álvarez, al conducir esa Universidad (fue su vice-presidente desde 1905 hasta morir en 1914) vio plasmado un ideal pedagógico signado por la certeza de que tanto los trastornos nacionales como los malos gobiernos corresponde adjudicárselos a tres motivos determinantes: defectos de los individuos, falta de preparación ética en los niños y tradición hispánica (Biagini, 2009: 49). Ahora, en cambio, se tenía la convicción de que las principales causas del mal estaban en otro sitio, seguramente muy próximas al determinismo positivista de quienes profesaban aquellas ideas enunciadas

por Álvarez. De allí que España pasara en muy poco tiempo a concitar una mirada antitética, siendo la prevaleciente desde inicios de la década de 1920, aquella que antes que estigmatizarla demandó crecientes niveles de integración. La llegada de D'Ors que venía a reforzar esta tendencia, tenía su correlato en la hermandad académica de todos los hispanos demandada por el catalán, postulando una Universidad o Colegio de las Españas, más allá de alianzas políticas y sobre la base del Imperio espiritual español (Biagini, 2012: 203). Y, dentro de estas coordenadas se inscribió también el anhelo de contar en La Plata con Miguel de Unamuno y las invitaciones cursadas a Luis Araquistain y a Ortega y Gasset por una gestión de Pascual Guaglianone. Araquistain era un decidido antiimperialista, en tanto que Ortega y Gasset, envuelto en las ininterrumpidas repercusiones del Curso sobre Kant que dictara en Buenos Aires en 1916, era la gran figura intelectual del mundo hispano cuando respondía favorablemente al ofrecimiento del dictado de la Cátedra de Metafísica durante los siguientes cuatro años.

En ese contexto José Gabriel tenía importantes estímulos, aunque también constataba que sus inquietudes trascendían las limitaciones que podía imponer un sistema de pensamiento determinado. Ello se hacía particularmente palpable con la visita de D'Ors, que además de evidenciar el protagonismo de otras figuras en su recepción, traía un mensaje que contrariaba las expectativas de la "nueva generación". Más allá del común acuerdo en torno a la visión idealista, D'Ors llamaba a detener la agitación reformista para dar inicio a un proceso de construcción con raíces clásicas y elitistas desde una perspectiva tradicionalista (Fuentes Codera, 2014: 275), justamente allí donde jóvenes desafiantes como José Gabriel buscaban expandir socialmente los cambios alcanzados. Ese mensaje, en todo caso resultaba más provechoso para el reacomodamiento de quienes en la Universidad buscaban poner orden y entendían al idealismo como un recurso eficaz para llevar a cabo tal anhelo. Vale decir, con D'Ors inaugurando la Casa del Estudiante, que era la institución emblemática del reformismo más disruptivo, afloraba también una contradicción en la que quedaba inmersa la "nueva generación".

La Casa del Estudiante como aplicación práctica de una experiencia de divulgación popular de la cultura, había generado desde un principio reacciones desfavorables en las máximas autoridades de la propia Universidad. En verdad ellas se remontaban al rechazo que generó la llegada de Taborda a La Plata acompañado del propósito de ponerle un límite a la agitación reformista. Los cambios pedagógicos implementados por Taborda fueron vistos como una directa consecuencia de su simpatía por la revolución rusa, y eso fue suficiente para decidir su exoneración, en sintonía con el estado público que en el orden nacional adquiriría la sanción que, invocando similares motivos, condujo al desafuero del senador nacional Del Valle Iberlucca¹³.

Los episodios enfrentaron al Presidente de la Universidad, Carlos Melo, con un sector importante de los estudiantes, derivando en la renuncia de aquel y su reemplazo provisorio por Benito Nazar Anchorena. Ya sin Taborda, los esfuerzos de los reformistas se concentraron en sostener la Casa del Estudiante, algo que pudieron lograr durante el tiempo que llevó el reacomodamiento de las nuevas autoridades que asumían el control de la Universidad platense. Pero con la consolidación de Nazar Anchorena como Presidente electo de la Universidad comenzaron a desandarse los

¹³ En enero de 1921 Del Valle Iberlucca adhirió a la III Internacional Socialista y esa sola definición política le valió el desafuero de la banca de Senador que detentaba, para ser colocado a disposición de la Justicia Federal bajo el cargo de sedición en un proceso que se vio interrumpido por su prematura muerte (Corbière, 1987).

cambios reformistas. La Casa del Estudiante fue finalmente clausurada en abril de 1923, sin que ello implicara recrear el régimen de Internado. El inquietante programa totalizador y público fue parcelado para colocarlo al servicio de nuevos ámbitos de formación profesional en torno a disciplinas como Ingeniería, Química y Farmacia, en una operación disimulada bajo el ropaje de un discurso recargado de inflexiones idealistas.

En el campo cultural: polémicas antiacadémicas y antivanguardistas

Si bien Taborda fue una suerte de chivo expiatorio de la reacción antirreformista en La Plata que vio prolongar sus ideas “subversivas” en la Casa del Estudiante, los cambios también impidieron el arribo previsto para 1922 de Araquistain y Ortega y Gasset. Por su parte, José Gabriel, permaneció en La Plata logrando sobrellevar el desenlace sin éxito de las pujas por sostener la Casa del Estudiante, en buena medida a través de un respaldo político obtenido cuando, coincidentemente con el fin de ese experimento pedagógico, José Luis Cantilo lo contrató como colaborador al acceder a la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires. Ambos se conocían desde que Cantilo fundara el periódico yrigoyenista *La Época* donde José Gabriel se inició como cronista.

La frustración sufrida por los reformistas platenses, pronto derivó en un desplazamiento de su voluntad transformadora al plano de las ideas. El arte escénico, la estética, la literatura y la filosofía, serían ahora los campos de lucha de la “nueva generación” aglutinada en torno al Grupo Renovación. Dentro de ese Grupo que reconocía en Alejandro Korn a su *factotum*, José Gabriel participaría desde sus orígenes, aunque con vacilaciones: su nombre raramente aparecerá en las revistas *Valoraciones* y *Sagitario* que los miembros del Grupo crearon. Sólo participó del número inicial de *Valoraciones*, donde instaló “una rebeldía”, criticando con vehemencia el *Manual de pronunciación española* (1923) del filólogo Tomás Navarro Tomás dirigido a disciplinar el lenguaje. Pero en cambio, la conformación dentro del Grupo de una Compañía Teatral, dio a José Gabriel un papel decisivo en su conducción compartida inicialmente con Luis Juan Guerrero¹⁴. Allí fue actor, director, escenógrafo y traductor de las obras que se representaban.

La nueva Compañía Teatral partía de prácticas desarrolladas anteriormente en el Internado cuando su director era Nelson, para redefinirlas en sus propios fundamentos (Vallejo, 2007: 313). El teatro pasaba a ser un instrumento para cuestionar la vieja generación y la cultura científica que había generado, por atribuírsele la extrema deshumanización evidenciada en la Gran Guerra, al legitimar la superioridad de individuos, grupos sociales y naciones que llevaban adelante expansiones imperiales¹⁵.

¹⁴ Guerrero había egresado del Colegio Nacional de La Plata cuando éste funcionaba bajo el sistema de Internado. Luego abrazó las ideas anarquistas y tras una primera estadía en los Estados Unidos se trasladó a Europa para convertirse, en 1928, en el primer argentino doctorado en filosofía en Alemania (Ibarlucía, 2008).

¹⁵ Numerosas actividades fueron impulsadas en las principales salas de La Plata. En 1921 alumnos del Liceo de Señoritas y del Colegio Nacional representaron en el Coliseo Podestá “Los intereses creados” de Jacinto Benavente. La segunda obra montada fue “Farsa y licencia de la reina castiza” de Ramón Del Valle Inclán. Luego le siguieron “La cueva de Salamanca” de Cervantes y “La Posadera” de Carlo Goldoni, ambas representadas por primera vez en el país cuando fueron llevadas al Teatro Argentino en setiembre de 1922 y también al Cine Ideal. La reacción que redundó en el cierre de la Casa del Estudiante, generó crecientes dificultades, igualmente en 1923 pudo ser representada la obra “El médico a palos” de Molière y luego, en el Teatro del Lago, “Retazos” de Darío Nicodemi y “La línea recta” de Enrique Herrero Ducloux. En 1926, se representó “Santa Juana” de Bernard Shaw en el Salón de Actos del Colegio Nacional (José Gabriel, 1935). Sobre el Grupo Renovación (Graciano, 2017).

El teatro también era expresión de una tradición cultural enraizada en La Plata, con la fuerte presencia de obreros inmigrantes arribados para llevar a cabo la propia construcción de la ciudad a fines del siglo XIX. Esos contingentes introdujeron organizaciones gremiales, mutuales y cooperativas que incorporaron expresiones teatrales vinculadas al estado de conmoción social europea del que aquellos habían escapado. La Plata, entonces, vio emerger la ola ibseniana, que articuló en el teatro tempranos planteos anarquistas propagados también a través de notables figuras que pasaron por la ciudad como Enrico Malatesta, Pietro Gori, Francesco Natta (Korn, 1963: 276). Entre todos ellos, el último tendrá una muy especial relevancia, fundamentalmente por haberse radicado en la Argentina. Natta era un líder anarquista muy activo en el Piamonte italiano, donde sufrió distintas persecuciones hasta verse obligado a escapar en 1884 cuando, junto a Malatesta, se embarcó con destino a Buenos Aires. Tras el retorno de Malatesta en 1889, Natta se trasladó a La Plata, donde se estableció y desplegó una intensa actividad dentro del anarquismo, organizando la protección de inmigrantes amenazados por la Ley de Residencia¹⁶ (Conti, 2013).

Precisamente la hija de Francesco Natta, Matilde Delia Natta Coty, sería una aventajada alumna de José Gabriel en el Liceo de Señoritas de la Universidad platense. Y, tras un prolongado noviazgo extendido hasta 1928, su esposa.

A través de Matilde, entonces, una rica tradición libertaria que La Plata atesoraba desde tiempos fundacionales, se ensamblaba con las inquietudes culturales y sociales de José Gabriel. Así, la vida pública y privada del joven español se conectaban con la vitalidad de un movimiento cultural local al que no lograba opacar la reacción antirreformista experimentada en su Universidad.

José Gabriel tendría en La Plata una intensa actuación en el teatro universitario, pero también en otros ámbitos culturales. Tras codirigir las obras completas de Benjamín Taborga (al cumplirse cinco años de su fallecimiento), en junio de 1924 inauguró una librería de la que se ocupó integralmente, desde el diseño general del local a la atención al público. Ligada a la firma editorial Larregle y Cía, llevó el nombre de “La Estrella”, situándose en la Avenida 51 y esquina 8, frente al torreón esquinero del edificio de la Legislatura provincial que albergaba a la Biblioteca Pública de La Plata, de enorme trascendencia desde la llegada del catalán Luis Ricardo Fors de Casamayor a su dirección en 1898 (Vallejo, 2017). “La Estrella” pronto se convirtió en un singular espacio de trastienda al que confluían discípulos y colegas de José Gabriel, muchos de ellos integrantes del Grupo de Teatro Renovación. El distintivo de la librería utilizado como sello y membrete en los sobres, papeles y tarjetas, era una estrella circundada por una leyenda en latín: *spero lucem post tenebras*. Con ello José Gabriel aludía al lema que llevó la primera edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, para dejar en claro su culto a la lengua castellana. Había también en ese gesto un puente tendido a la tradición letrada que La Plata atesoraba, con iniciativas culturales entre las que descollaba precisamente la realización de la primera edición completa impresa en Sudamérica de la obra de Cervantes en 1904, caracterizada por la introducción en su portada del emblema con la citada frase en latín. Esa edición estuvo precisamente a cargo de Fors desde la Biblioteca Pública de La Plata, y se enmarcó en las celebraciones del tercer centenario de la publicación del *Quijote* (Vallejo, 2017). Veinte años después de aquel acontecimiento, José Gabriel volvía sobre ambas cuestiones, la obra de Cervantes y el homenaje platense realizado por la institución situada frente mismo a “La Estrella”.

¹⁶La Ley 4144, comúnmente llamada Ley de Residencia, fue promulgada en 1902. Estableció la deportación sumaria de extranjeros a sus países de origen sin juicio previo, como recuso de amedrentamiento frente a la protesta social.

El hispanismo profesado por José Gabriel, en modo alguno suponía participar de la visión purista y restrictiva a cualquier tipo de modificación al idioma, sobre todo cuando ya el impacto inmigratorio iba dotando al castellano rioplatense de características peculiares. Por el contrario, José Gabriel tempranamente se puso a la cabeza de las disputas entabladas entre cultores de una lengua popular y los detractores de “la polifonía de los arrabales” que invocaban el llamado “meridiano Madrid” como reservorio del idioma, de la raza y la tradición (Caimari, 2016: 156). Su defensa de un lenguaje rioplatense lo llevó a entablar confrontaciones que resultaban muy desiguales por el poder simbólico de sus contendientes (Korn, 2015: 21). Por caso, la Real Academia Española y el Instituto de Filología creado en la Universidad de Buenos Aires en 1923 integrarían el blanco de sus críticas a través de ataques a las principales figuras que encarnaban su representación. Al propósito normativo de prolongar el “meridiano Madrid” como un único castellano válido, José Gabriel opondría su afán por exaltar las variantes de una lengua popular sustentada en apelaciones a un idioma vivo y vigoroso, en permanente modificación (Korn, 2015: 21).

Esa cultura popular que José Gabriel valoraba en los modismos de la lengua, también tenía otras importantes manifestaciones en el mundo suburbano y extra urbano, con los que se comprometió desde la literatura, pero también desde la pintura, donde halló un interlocutor en el catalán José Martorell. Joven artista llegado a la Argentina a una temprana edad, había entre ambos, importantes coincidencias iniciales (Martorell era sólo dos años mayor que José Gabriel), que trasuntaban también afinidades en un plano artístico que atravesaba directamente el ideológico. Martorell recibió una Beca de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, la misma distinción que antes tuvo Emilio Pettoruti. Y a diferencia del destino europeo elegido por éste, Martorell decidió utilizar los fondos recibidos en recorrer el noroeste de la Argentina, Bolivia y Perú, para documentar, a través de la pintura, una realidad que era desconocida en Buenos Aires. El resultado de ese trabajo sería un motivo de reflexión artística en José Gabriel (1926a), donde importantes recursos analíticos confluían en un texto que interesó al crítico francés Jean Tild.

En mayo de 1924, José Gabriel participó en la organización del Salón Libre en La Plata que dio un importante reconocimiento a la obra de Martorell. Poco después se produciría el retorno de Emilio Pettoruti luego de una prolongada estadía formativa abrazando las ideas del Futurismo italiano y, tras realizar una primera muestra en Buenos Aires, fue invitado a exponer sus obras en la Universidad de La Plata por Alfredo Palacios, decano entonces de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Se trataba, claro está, de una expresión artística muy distinta a la de Martorell, y que quedaba atravesada por la desconfianza que, en un militante pacifista, como lo era José Gabriel, suscitaba una vanguardia ligada al fascismo. Todo ello lo convertía en una figura verdaderamente temible, como el mismo Pettoruti lo reconocería más tarde, recordando las estrategias que debió desplegar para eludir sus críticas. El plan que Pettoruti pergeñó, ayudado por su amigo Pedro Blake, fue evitar su presencia en el acto de inauguración mientras durara la intervención de José Gabriel. “Si él buscaba discusión nosotros le haríamos el vacío”, pensaba Pettoruti (1968: 193). Afuera de la Universidad, Pettoruti esperaba para ingresar que un colaborador saliera a avisar que había culminado la intervención del “iracundo José Gabriel”. El episodio se completó con la curiosa escena del expositor y sus allegados ingresando mientras se cruzaban con los “enemigos” que se retiraban (Pettoruti, 1968: 194).

En aquella intervención, José Gabriel analizó el Futurismo con ánimo de escindir lo bueno y lo malo que había en ese movimiento. “Comenzó declarando la guerra al tradicionalismo, al academicismo y al mercantilismo que habían invadido el arte”, y si ese propósito podía tener fines loables, ellos se terminaban al declararse enemigos de la paz “por ser inmoral” y permitir “el nacimiento de la hipocresía”. Los cuestionamientos a la celebración futurista de la guerra, se extendían a la mitificación de la masculinidad y de su superioridad sobre lo femenino fundada en que “el héroe moderno debe despreciar a la mujer” (“Conferencias...”, 1924).

Lo destacable del movimiento estaba en la exaltación de la vida moderna. Pero cuando la pintura llevó la teoría a las realizaciones gestó algo poco valorable para José Gabriel, introduciendo aquí nuevamente la tensión identificada entre la alta cultura y el arte como expresión popular. Su conclusión tajante era que los pintores futuristas, en tanto miembros de una élite intelectual, no crearon arte, “porque el arte intelectual jamás será creador” (“Conferencias”, 1924).

En pos de saldar esa tensión, Henríquez Ureña valoraría en Pettoruti elementos que contribuían a reforzar una identidad popular, al tratarse de nuevas formas de representaciones adquiridas en Europa y volcadas a una interpretación de la realidad americana, de un modo comparable a las modernas experimentaciones que realizaba Diego Rivera en México (Henríquez Ureña, 1925). La ingeniosa interpretación del gran intelectual dominicano encerraba también el involucramiento en la polémica instalada por José Gabriel, arribando a una suerte de síntesis superadora que sentaba la posición del Grupo Renovación trasladada a *Valoraciones*.

Por entonces, había declinado el inicial fervor de José Gabriel por D’Ors en la misma medida en la que el catalán volvía su mirada con creciente complacencia hacia el fascismo. Del mismo modo reconocería éste cierta decepción, porque José Gabriel había derivado “hacia la novela y hacia las aventuras literarias de más diversa índole” dejando vacante el lugar dejado por Taborga “en la pureza de su fidelidad” hacia su filosofía (cfr. Fuentes Codera, 2014: 258). La crisis internacional del liberalismo despertaba en José Gabriel un rechazo común al fascismo y al comunismo, por sobre los cuales alimentaba ideológica y culturalmente su adhesión a un antiimperialismo latinoamericano abierto a expresiones de izquierda situadas por fuera de la órbita de la Unión Soviética. Desde esa posición antidogmática, volvió a confrontar con ideas internacionalistas y posturas estéticas que veía desligadas de la realidad local. Las vanguardias representaban en gran medida esa distorsión que él señalaba, y por la que también recibiría notorias respuestas. Entre ellas las de Jorge Luis Borges que comenzaron en *El tamaño de mi esperanza* donde, al ocuparse de las “orillas”, desautorizaba al texto sobre Carriego que le precedió colocando al compadrito por sobre “la fabulización de Gabriel” que creó “un Carriego apocadísimo y casi mujerengo”. Y añadía un gesto importante: el primer artículo anticipatorio del libro aparecería en la revista platense *Valoraciones* del Grupo Renovación (Borges, 1926b). Si antes Ponce fustigó a José Gabriel por la elevación a la categoría de artista de Carriego, junto a la valorización del suburbio que prolongaba la literatura realista para enlazarla con el *Martín Fierro*, Borges se sumergía en esa temática rechazando al español desde un vanguardismo que lo instaba a crear una figura masculina en tono épico, como decía José Gabriel, que lo hacía el Futurismo. Era el “compadrito”, arquetipo de las “orillas” que era elevado en desmedro de las figuras femeninas.

También en 1926 José Gabriel se valió del mexicano José Vasconcelos y del italiano Filippo Marinetti para polemizar con las vanguardias. Con José Gabriel activo en la Casa del Estudiante, Vasconcelos en 1922 llegó a La Plata y dictó un curso pocos meses después del ofrecido por Eugenio D’Ors, siendo además agasajado en Buenos Aires en ocasión de lanzarse la Unión Latinoamericana

con su programa antiimperialista. Pero era ahora la aparición de *La raza cósmica*, aquello que lo llevaba a reflexionar en torno a una “doctrina americanista” que sintetizaba diversas culturas y que “por desdicha” tenía un menor arraigo del debido. La conmoción esperada por la obra de Vasconcelos era “motivo suficiente para que los argentinos renunciemos a nuestro habitual desgano de América. Como venga de Europa (Europa es también la América del Norte, Europa exagerada, una Supereuropa), todo nos atrae, aunque sea quincalla o perdición. Del continente familiar no nos atrae nada. El libro de Vasconcelos es del y para el continente” (José Gabriel, 1926c). En contraposición, Marinetti, cuya figura alcanzaba notoriedad en Argentina por su visita iniciada en mayo de 1926, representaba aquella atracción no siempre justificada por Europa. Para evitar esa tendencia, analizaba en el Futurismo una historicidad que lo llevaba a considerar a su líder como “un hombre de ayer”. Y volvía sobre argumentos anteriormente esgrimidos entre los que remarcaba la idea absurda de sostener “el desprecio a la mujer” como “condición esencial para la existencia del héroe moderno” (José Gabriel, 1926b).

Las vanguardias siguieron siendo cuestionadas por José Gabriel en ensayos que obtuvieron reconocimientos de importancia. Allí rechazó la intelectualización del arte en clave futurista que hacía el cubismo, tanto como el afán de novedad que traía la abstracción que no era sino una expresión “infantil”, propia “de la aspiración transitoria de la adolescencia que pretende ser hoy realidad de la madurez” a través de figuras como Kandinsky (José Gabriel, 1926d). Para José Gabriel, había en estas vanguardias, “alucinadas por el movimiento”, la vanidad de aquello que en su conjunto demostraba contener “más artistas que arte”.

Una forma de oponerse a aquello que a sus ojos eran vanidades del empeño de originalidad a todo trance, será valorando el arte de los fotógrafos, “obreros anónimos” que actúan con el móvil sustancial de los fines inmediatos para proporcionar “una visión digna de la existencia, al margen y aun en contra de ese otro manipuleo arbitrario que detentan los fueros artísticos” (José Gabriel, 1928a). Había allí una profunda interpelación al arte que expresaba realidades y apariencias, o también, sustancias y modos. Porque precisamente de ellas derivará una noción de lo moderno como una virtud consistente en evitar que los modos impidieran aproximarse a las sustancias (José Gabriel, 1929b).

Frente a la hipocresía académica, la cultura popular

Descubrir la sustancia también implicaba en José Gabriel denunciar la hipocresía, noción con la que los griegos aludieron a la labor del actor en el teatro, cuya directa referencia fue la máscara utilizada para esconder el verdadero rostro. El teatro daba la libertad para dirigir al arte escénico la función de criticar, poniendo en crisis situaciones a fin de llegar a la verdad que ocultaban las máscaras. Hacia estas coordenadas llevaría José Gabriel su cuestionamiento a los elitismos académicos y la moral burguesa que los originaban, desplegando mordacidad, ironía punzante y reflexiones netamente corrosivas.

Con *Farsa Eugenesia* (1927), José Gabriel publicó una obra que fue luego llevada al teatro, donde era tematizado un blanco predilecto, aquel que reunía los males del cientificismo y el *statu quo* de una alta cultura sostenida a base de los prejuicios legitimados por el positivismo. El concepto de farsa como remisión a un tipo de obra breve, de carácter cómico y satírico que ridiculiza comportamientos humanos, funciona a la vez como adjetivación de la eugenesia y del mundo académico que le daba legitimidad.

José Gabriel identificaría todos los prejuicios y las miserias académicas que la eugenesia propiciaba en Horacio Piñero, el principal referente de la psicología experimental con todos los desatinos que le atribuía. Afamado positivista formado en el París del cambio de siglo, regresó a Buenos Aires donde se desempeñó en la Cátedra de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras, exhibiendo su creciente interés por la eugenesia. Allí lo conoció José Gabriel, quien descargaría un feroz ataque que no se disipó tras la muerte de aquel producida en 1919. Y, precisamente, *Farsa Eugenesia* tendrá como protagonista al Dr. Pirulero, un médico ignorante, necio, vanidoso, que puede entenderse como *alter ego* de Piñero (Vallejo, 2015).

El Dr. Pirulero había constituido una familia eugénica ideal, con tres hijos que le reportaron más de diez premios de belleza infantil en concursos internacionales. Uno de ellos nació en Indiana, el Estado norteamericano que en 1907 sancionó la primera la Ley que instituyó las esterilizaciones compulsivas para proteger a la raza. El Dr. Pirulero también poseía un hijastro, llamado Enzo, que era trabajador, amable, culto, y el único capaz de sacrificarse por los demás. Allí, José Gabriel depositaba un cúmulo de atributos heroicos que parecen remitir al joven idealista que irrumpió con la Reforma Universitaria para enfrentar la deshumanización positivista.

El nudo de la obra develará un engaño tras otro. Enzo, el hijastro despreciado, era un hijo biológico suyo y de su esposa, aunque esa condición había sido ocultada por carecer de la perfección física de sus hermanos. El desenlace completa esta disputa que adquiere rasgos de una verdadera contienda social, con un final aleccionador: las máscaras se caen y la verdad premia al idealista, que encuentra reconocido sus valores en la propia familia, constituida en un verdadero teatro de la sociedad, mientras el necio, que envuelve con la farsa eugenesia una vida miserable, termina solo, encerrado en su laboratorio.

La obra de José Gabriel originó dentro del campo literario respuestas de muy distinto tenor llegando a ser entendida como un “apasionante drama ibseniano”. Pero la crítica aparecida en *Caras y Caretas*, el mismo medio que lo tenía como colaborador estable, transita por otras coordenadas, que comienzan por explicar que “la eugenesia humana”, a diferencia de “la eugenesia ganadera”, carece de entidad en Argentina. Allí se afirma:

De pedigree humano no hablemos, que la eugenesia aún no se ha convertido aquí en manía persecutoria y perseguidora. José Gabriel, elegante escritor (...), arremete contra el invisible enemigo eugenésico, es decir, contra un maniático falsario, el doctor Pirulero. La lucha saca de sus casillas al simpático crítico. Es el primer libro de José Gabriel que no nos gusta por entero. El autor estudia un ambiente de segunda mano. Pues por aquí lo repetimos, la eugenesia no existe como ciencia experimental (Osorio, 1927).

La crítica evidencia la incomodidad generada por la eugenesia, o más bien de su puesta en ridículo a través de una farsa, que es invalidada desde una certeza cuasi positivista de que semejante cosa no existe, pero tampoco podría existir dentro del campo médico: “si el doctor Pirulero fuera un naturalista, quizá José Gabriel habrá acertado a presentarnos un personaje verosímil” (*Ibidem*).

Allí quedaba planteado un límite donde lo inefable, lo que no se puede decir, aquello que un campo disciplinar no toleraba había sido traspasado con algo injustificadamente irritante. Y a modo de cierre, se le recomienda a José Gabriel hacer como “Pirulero” y “volver a su juego”, que era dedicarse a la crítica literaria.

Pero frente a esa recomendación, Enrique Méndez Calzada, otrora compañero suyo en *El Hogar*, se referiría a José Gabriel considerándolo una figura literaria situada entre las “10 o 12” mejores, que devino en un gran “novelista malogrado” por haberse dedicado centralmente a la crítica (Méndez Calzada, 1929: 6).

Vale decir, ya sea que se dedicara a la crítica o a cualquier género literario, José Gabriel despertaba la misma incomodidad en quienes compartían el mismo campo. De tal manera, el principal espacio de críticas bibliográficas como era *La Literatura Argentina*, llegaría a destacar en José Gabriel “las persecuciones de que se le ha hecho objeto, la atmósfera de oposición que concitó su infatigable obra de publicista, las múltiples formas con que se le ha combatido” (“Nuestro ambiente...”, 1928: 25).

La respuesta del propio José Gabriel a las críticas académicas recibidas, provendrían de un lugar poco menos que insólito, desde donde redoblaría su apuesta a la provocación. En efecto, el fútbol sería un curioso vericuetto por el que lograría articular una estrategia defensiva del mundo académico, con inéditas formas que hallaba a su vez para poder atacarlo. Prolongando su consideración del teatro como instrumento de desenmascaramiento de la hipocresía, el fútbol era una forma de arte escénico popular y, por tal razón, más valorable que las óperas y ballets representados en el Teatro Colón de Buenos Aires. Expresaba la belleza de movimientos derivados de una libre interpretación de la función que cada uno debía cumplir y era un notable instrumento de independencia cultural del que debían tomar nota las élites intelectuales argentinas.

Unos ingleses acriollados (algo más ricos y ociosos que ellos, por cierto) les enseñaron a nuestros muchachos las reglas primarias del juego, hace medio siglo; pero ellos no se quedaron en la enseñanza externa, y también en eso es ejemplarizador nuestro fútbol: cuando supieron cómo se jugaba, trataron de olvidar lo aprendido y se pusieron a inventar. Leyeron los libros, pero no tomaron notas; aprovecharon la experiencia ajena, pero no la repitieron [...]. Todos los actos esenciales de la cultura son producto de una enseñanza convertida en móvil creador. Por eso nuestros universitarios van a Europa maestra y sólo promueven cortesías, y van nuestros jugadores de fútbol y arrebatan a las gentes. Llevan lo que Europa conocía, pero lo llevan superado (José Gabriel, 1929a: 6).

El fútbol era, para José Gabriel, la contracara más genuina que podía oponerse a la falsedad de una alta cultura que tenía el mundo académico. El fútbol argentino, en cambio, contenía aquellas manifestaciones creativas que desafiaban la repetición acrítica del mundo académico, como lo percibía especialmente en La Plata donde a pocos metros de la Universidad se deslumbró con la cultura impartida por “Los Profesores”, denominación con la que se popularizó al equipo del club de Estudiantes a fines de los años ‘20 compuesto mayoritariamente por alumnos que José Gabriel conoció en esa faceta.

Por eso, previo al debut de la selección de fútbol en los Juegos Olímpicos de 1928, en Amsterdam, dirá que esa era la mejor embajada que podía ofrecer al mundo la Argentina. “El día en que nuestras academias jueguen a las ciencias y a las artes como nuestra muchachada vulgar juega al fútbol, podremos elegir otra embajada”(…) “Yo, hombre de cultura, los contemplo ansioso. Quisiera pensar y escribir como ellos juegan” (José Gabriel, 1928b)¹⁷.

¹⁷ En esa selección se desempeñaban varios integrantes de “Los Profesores” de Estudiantes de La Plata. Uno de ellos era Saúl Calandra, quien describió aquella experiencia olímpica en un libro prologado, precisamente, por José Gabriel.

Sin embargo, tampoco ese afán por colocar el fútbol en un plano superador de una cultura legitimada académicamente pasaría desapercibido. Sumando a sus habituales columnas de crítica literaria las de deportes, de allí derivarían grandes dificultades en su carrera universitaria desde que en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires se le impidiera asumir la jefatura del seminario de literatura de la Europa septentrional, tras alegarse en el Consejo Académico que no podría cumplir esa función “un cronista de fútbol” (José Gabriel, 1942).

Entre el ocaso de la “nueva generación” y la “revolución universitaria”

En setiembre de 1929 José Gabriel ganó el concurso para dictar la Cátedra de Literatura en el Colegio Nacional de La Plata. Sin embargo, el *crac* desatado ese año, con sus inmediatas repercusiones locales, traería muy malos augurios para la Argentina, produciéndose el 6 de setiembre de 1930 el primer golpe de estado en este país. Asumía la presidencia de la nación el general José F. Uriburu, un admirador de la experiencia corporativa italiana que, con su gobierno, sentaría un precedente fundamental para los posteriores golpes, integrando al autoritarismo político el liberalismo económico.

José Gabriel seguía publicando columnas para *Caras y Caretas* y en *Crítica* trabajaba en el suplemento cultural cuando ese medio pasaba a ser también alcanzado por la censura. Aunque sería en el plano académico, a pesar de haber accedido a una estabilidad de la que carecía en la prensa, donde sufriría las principales consecuencias del golpe.

Por entonces, Benito Nazar Anchorena, otrora responsable del cierre de la Casa del Estudiante en la Plata, asumía un enorme protagonismo como interventor de la Universidad de Buenos Aires, encarando persecuciones ejemplarizadoras que se replicaron en otras unidades académicas hasta alcanzar a La Plata, donde primero fueron separados de sus cargos José Peco y Gabriel Del Mazo. Luego se suspendió la vigencia de aquellas partes del Estatuto reformado que establecían la participación de los estudiantes en el gobierno, derivando todo ello en una larga huelga estudiantil alentada por un grupo de profesores que protestaba contra la dictadura. Como consecuencia de la prolongación del conflicto, el 25 de julio de 1931, a través de un decreto firmado por el Presidente de la nación, José F. Uriburu y su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Guillermo Rothe, se decidía que la Universidad fuera intervenida. Extensos considerandos que ocuparon la portada entera de distintos periódicos precedían a la muy escueta parte dispositiva del decreto. Allí se sostenía que la situación se había vuelto insostenible por “las tendencias ideológicas perturbadoras de la tranquilidad pública”, volcadas al reclamo del “restablecimiento de la normalidad constitucional con la supresión del estado de sitio y la ley marcial”, “la vuelta al goce de las libertades públicas” “como única forma de garantizar el imperio de la justicia y de la paz”, siendo todas esas consignas injustificables por resultar extrañas “en absoluto a los problemas universitarios” (“Fue intervenida..”, 1931). La cuestión central radicaba en los desórdenes y “el ambiente de intranquilidad en las aulas universitarias” que desde hacía trece años generaba la reforma universitaria instaurando “un estado de subversión sistemática.” Ello había favorecido “la vulgarización directa o clandestina de las doctrinas soviéticas subvencionadas o protegidas por asociaciones abiertamente reconocidas como tales o maliciosamente encubiertas para burlar la acción del poder público” (“Fue intervenida..”, 1931). La argumentación se valía de conspiraciones internacionales denunciadas por Ramiro de Maeztu y otras conspiraciones nacionales que eran atribuidas a la tesis de Carlos Cossio (1927) donde resonaban ideas del manifiesto Novecentista. Según el gobierno, la obra de Cossio

incitaba al yrigoyenismo y a la revolución rusa, en tanto movimientos sociales que orientaban los medios de lucha de la reforma universitaria a través de los centros de estudiantes. Por todo ello, e interpretando el propósito de “sanear la Universidad”, como lo enunció la proclama del golpe militar, el presidente y su ministro Rothe decretaban el restablecimiento de la disciplina exonerando de la Universidad a José Gabriel por “agitador”.

La persecución desatada llevó a José Gabriel al exilio uruguayo, ante el fundado temor a ser alcanzado por la Ley de Residencia, aunque fuera un extranjero naturalizado.

Pocos días después, el propio ministro Rothe daba a conocer otro decreto, en este caso para crear la Academia Argentina de Letras, debido a que “el idioma castellano ha adquirido en nuestro país peculiaridades que es necesario estudiar por medio de especialistas”. Las inquietudes de la nueva institución que pasó a presidir Calixto Ojuela, se empalmaban con aquel anhelo de controlar los giros lingüísticos que tenía un país de inmigración masiva, coincidiendo esta decisión con el silenciamiento de quien había sido uno de los mayores polemistas en torno a ese tema.

Ezequiel Martínez Estrada, rápidamente pasó a ocupar la cátedra que dejaba José Gabriel en el Colegio Nacional, y Emilio Pettoruti luego de asumir la dirección del Museo provincial de Bellas Artes en La Plata exhibía los estímulos recibidos en una directa sincronía con las persecuciones desatadas en la Universidad.

También en este contexto había aparecido el nuevo *Carriego*, sobre el que Jorge Luis Borges venía trabajando desde hacía tiempo. La obra instalaba un tipo de masculinidad que al sobreponerse por la fuerza al ambiente adverso como un mito fundante de Buenos Aires parecía adecuarse más eficazmente a los tiempos que corrían. Una suerte de nuevo héroe moderno, como el celebrado por el Futurismo, tenía su corporización en “el guapo” de Borges, mereciendo “más justificada atracción que ese otro mito popular de Carriego” que trató José Gabriel: “la costurerita que dio el mal paso y su contratiempo orgánico-sentimental” (Borges, 1930: 64-65)¹⁸.

Como queda claro, el mundo intelectual no experimentaba de igual manera el rigor de la dictadura, y, en todo caso, dentro de la Universidad el señalamiento público a José Gabriel contenía un particular encono, que hablaba de la dictadura pero también de la Academia. Fuera de ésta quedarían las exploraciones en torno a las culturas populares y, más aún, el trayecto teleológico que para José Gabriel hilvanaba “la” cultura popular argentina. Ese que el español identificaba siguiendo un itinerario que iba desde la tradición gauchesca a los cuadros de pobreza en la metrópolis moderna, y desde el espacio de tensión y solidaridad que era el suburbio hasta llegar al fútbol, incluyendo, a su vez, al mundo rural y el noroeste argentino abordado por la pintura realista. Así, aunando el *Martín Fierro* con *Carriego*, *Almafuerte* y *Baldomero Fernández Moreno*, exponía un recorrido atravesado por la emergencia del tango, el lunfardo y el fútbol, que confluían en aquello que la Academia solo podía admitir parcialmente y, en todo caso, de manera inconexa.

¹⁸ Sobre el texto de Borges, Gálvez insistirá en el injusto trato que sus colegas le dispensaron a José Gabriel, dejando de incluir su nombre en las críticas literarias y difundiendo intencionalmente una “biografía de Carriego que es harto inferior a la suya” (Gálvez, 2003b: 640).

Desde hacía algunos años Borges había advertido que el llamado de atención de José Gabriel acerca de realidades locales desconsideradas por la literatura merecía una especial atención, aun cuando recordara al español irónicamente y se sumergiera en el “suburbio” a partir de una “fundación mitológica” que la separaba de la tradición histórica buscada por aquel. El éxito de Borges en esa acción, tuvo, empero, los condicionamientos que él mismo reconocería años más tarde: como señala Beatriz Sarlo, Borges consideraba a *Facundo* como el personaje más memorable de nuestras letras, un spinoziano *sub specie aeternitatis*, que contenía la mejor historia argentina y que, si en lugar de canonizar el *Martín Fierro*, como terminó sucediendo, “hubiéramos canonizado el *Facundo*, otra sería nuestra historia y mejor” (Sarlo, 2012: 376).

En esta disputa por los sentidos, en la que mucho haría José Gabriel por sostener el lugar que terminó ocupando el *Martín Fierro* en la cultura argentina¹⁹, había igualmente una historia por construir. Algo que también emprendió desde una original y vehemente articulación de saberes despreciados a los que una historia argentina vendría a ensamblar, aunque finalmente el exilio truncó el propósito y la coyuntura reorientó la mirada hacia el ensayo político para enfrentar la dictadura. Más tarde le describiría a Gálvez las dificultades de aquel plan en un ambiente de falta de libertad, debido a que “la oligarquía argentina se siente demasiado pariente personal y cancerbera de la historia argentina, para permitir contemplarla de frente; más aún: sabe que las tradicionales mentiras y ocultaciones de nuestra historia cimentan su negocio particular” (José Gabriel *cfr.* Gálvez, 2003b: 639).

Radicado en Montevideo desde fines de julio de 1931, José Gabriel publicó una sucesión de artículos periodísticos priorizando el plano político por sobre sus demás facetas literarias y artísticas, exponiendo una postura que cabría encuadrar dentro de una izquierda nacional con ciertas inflexiones trotskistas y una mirada regional que le hacía advertir la inminente propagación de la tendencia golpista a Uruguay. La coyuntura imponía un análisis de la dictadura argentina gobernante, que comprendía la valoración crítica del derrocado yrigoyenismo y el señalamiento de dirigentes universitarios que inicialmente acompañaron el golpe, y más aún de aquellos a los que le asignaba la función de colaborar en la tarea de depurar la Universidad de izquierdistas. Todo ello era parte de un estado de cosas en el que “las Universidades argentinas temen cobardemente a la dictadura o la acatan. Seis u ocho profesores de ellas que manifestamos nuestra aversión fuimos fulminados con el despojo de la cátedra. Quedan cientos dispuestos a lustrarle las botas a Uriburu” (José Gabriel, 1932a: 131).

La experiencia política autoritaria se desgastó rápidamente imponiéndose una moderación en sus formas, hecho que hizo cesar ciertas persecuciones ideológicas en ámbitos como el universitario. En el nuevo contexto, José Gabriel pudo retornar al país y ya radicado de vuelta en La Plata, reflexionaba sobre un estado de cosas donde existían distintos sectores “que, como nosotros, escritores, se han zambullido de cabeza en el liberalismo político y en la moral individualista”. Ante esa condición “miserable”, que involucraba especialmente a sus colegas del campo intelectual, volvía a acudir al fútbol en busca de una alternativa de orden sociocultural y político, porque allí había algo que no había podido hallar en su actividad: el sentido de equipo y solidaridad entre quienes actuaban como verdaderos “camaradas” (José Gabriel, 1932b).

¹⁹ En 1934, al cumplirse el centenario del nacimiento de José Hernández, José Gabriel lanzó una revista dedicada al estudio del *Martín Fierro*, que llegó a los veinte números.

En esa misma sintonía, situaría su respuesta a otra encuesta de *Nosotros*, que contenía a su vez una suerte de mirada retrospectiva de su labor y el medio en el que ella se había desarrollado desde su irrupción como una figura de la “nueva generación”. El rasgo más saliente que identificaba en esa generación a la que pertenecía era “el individualismo” que se manifestaba “preferentemente en un mundo intelectual, y preferentemente aun en medios intelectuales pobres como el nuestro. Yo intelectual argentino, no tengo antepasados ni contemporáneos ni futuros, nací de la nada, vivo sólo, me dirijo al vacío. Por eso los domingos me voy a las canchas de fútbol a proporcionarme, entre otros goces, el que no he experimentado jamás en mi oficio: el de la solidaridad” (“Una generación...”, 1932: 68).

A modo de balance, José Gabriel exhibía sus profundas decepciones, una vez transcurridos tres lustros de la creación del Colegio Novecentista. Sus palabras ya no celebran la ausencia de pasado como proyección irrefrenablemente al futuro, sino, en todo caso, expresan la constatación de que aquella orfandad que podía suponer grandes oportunidades para encarar libremente proyectos colectivos, lo colocaba frente a los magros resultados de una generación que declinó sus objetivos colectivos ante prevalecientes intereses individualistas.

Las decepciones por el destino de la “nueva generación” no le impidieron a José Gabriel volver a pensar en la capacidad de transformación de la Reforma Universitaria. También en 1932 postularía la necesidad de llevar adelante un cambio profundo para consolidar las anteriores conquistas que desde el golpe sufrían graves vulneraciones. Para eso elevaba una propuesta dirigida a convertir la Reforma Universitaria en una revolución (José Gabriel, 1941: 336), que implicara “descastar, desenclaustrar, despertar y universalizar la Universidad”, despojándola de sus pervivientes rasgos medievales, bajo la idea de que “alberga el mundo antiguo imágenes más parecidas a la de nuestra aspiración, una de ellas el ágora ateniense agotada, bulliciosa, luminosa, indecente y sabia” (341). Y de esa “nueva Universidad” que debía garantizar la gratuidad de los estudios surgirían nuevos sujetos, los cuales ya no serían profesores y discípulos, sino “camaradas” (342).

Con la “revolución universitaria”, José Gabriel buscaba generar un salto hacia adelante que proveyera de nuevas fuerzas a una lucha afectada severamente por el golpe y la dispersión de intereses que afectaron los objetivos de la “nueva generación”. Y aunque el proyecto finalmente no tuviera las repercusiones esperadas ni alcanzara el tratamiento parlamentario pretendido, constituyó un nuevo gesto grandilocuente de José Gabriel que contribuía a la configuración de la Reforma Universitaria como un objeto de tematización permanente. Allí también trazaba una suerte de mirada de Jano hacia el pasado y hacia el futuro, porque cerraba una etapa que lo ligó profundamente a los avatares de la Reforma Universitaria, dejando abierto el compromiso con nuevas causas populares desde el lugar ya consolidado de intelectual y “hombre de acción”.

Referencias bibliográficas

Agüero, A. (2016). “Córdoba, 1918. Más acá de la Reforma”, en: Gorelik, A. y Areas Peixoto, F. (2016). *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 96-115.

Alberini, C. (1963). “La Reforma Universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras”. *Universidad*, n°56, Santa Fe, pp. 147-182.

- Altamirano, C. (2016). "La fundación de la literatura argentina", en: Altamirano, C. y Sarlo, B. (2016). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 191-198. (1ra. edición 1983).
- Biagini, H. E. (2005). "La escolástica de laboratorio: juvenilismo y socialdarwinismo", en: Miranda, M. y Vallejo, G. (comps) (2005). *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 441-449.
- Biagini, H. E. (2009). *Identidad Argentina y Compromiso Latinoamericano*. Buenos Aires, Ediciones de la UNLa.
- Biagini, H. E. (2012). *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Bianchi, A. (1920). "Prólogo", en: José Gabriel (1920). *Las Salvaciones*. S/d. Buenos Aires, pp. 5-9.
- Borges, J. L. (1926a). *El tamaño de mi esperanza*. Proa. Buenos Aires.
- Borges, J. L. (1926b). "El tamaño de mi esperanza". *Valoraciones* n°9, La Plata.
- Borges, J. L. (1930). *Evaristo Carriego*. Gleizer. Buenos Aires, 1930.
- Caimari, L. (2016). "Mezclas puras. Lunfardo y cultura urbana", en: Gorelik, A. y Areas Peixoto, F. (2016). *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp.154-173.
- Castiñeiras, J. (1985). *Historia de la Universidad de La Plata*. Tomo 2. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- "Conferencias" (1924). *El Argentino*. La Plata, 16 de octubre.
- Conti, F. (2013). *Dizionario Biografico degli Italiani*. Istituto dell'Enciclopedia italiana, Vol. 78. Disponible en: http://www.treccani.it/biografico/elenco_voci/a (fecha de consulta: 8/7/2016).
- Corbière, E. (1987). *El marxismo de Enrique Del Valle Iberlucea*. Buenos Aires, CEAL.
- Cossio, C. (1927). *La reforma universitaria o el problema de la nueva generación*. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Del Mazo, G. (comp.) (1941). *La Reforma Universitaria. Tomo 1. El Movimiento Argentino (1918-1940)*. La Plata, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería de la UNLP.
- Dussel, I. (1997). *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*. Buenos Aires, FLACSO.
- "Fue intervenida la Universidad Nacional de La Plata" (1931). *El Día*, La Plata, 26 de julio.

Fuentes Codera, M. (2014). “El Colegio Novecentista. Un espacio de sociabilidad en la crisis de posguerra”, en: Bruno, P. (2014). *Sociabilidades y vida cultural*. Buenos Aires, 1860-1930. Bernal, UNQ, pp. 251-280.

Galasso, N. (2005). “Gabriel, José ó López, José Gabriel”, en: Galasso, N. (coord.). *Los Malditos*. Vol. 1. Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, pp. 279-290.

Gálvez, M. (2003a). *Recuerdos de la vida literaria. Tomo 1. Amigos y maestros de mi juventud en el mundo de los seres ficticios*. Buenos Aires, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara.

Gálvez, M. (2003b). *Recuerdos de la vida literaria. Tomo 2. Entre la novela y la historia en el mundo de los seres reales*. Buenos Aires, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara.

Graciano, O. (2008). *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*. Bernal, UNQ.

Graciano, O. (2017). “La filosofía en la ciudad: Alejandro Korn y las experiencias culturales del Grupo Renovación en una capital de provincia”. *Izquierdas*, n°34. Santiago de Chile, pp.150-178.

Grignon, C. y Passeron, J. (1994). *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en sociología y literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Halperín Donghi, T. (1962). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, EUDEBA.

Henríquez Ureña, P. (1925). “Sobre la obra de Pettoruti”. *Valoraciones*, n°5. La Plata, pp. 163-167.

Ibarlucía, R. (2008). “Estudio preliminar. Luis Juan Guerrero el filósofo ignorado”, en: *Luis Juan Guerrero. Estética operatoria en sus tres direcciones. Revelación y acogimiento de la obra de arte*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Las Cuarenta-UNSAM, pp. 9-68.

José Gabriel (1921). *Evaristo Carriego. Su vida y su obra*. Buenos Aires, Sociedad Cooperativa “Nosotros”.

José Gabriel (1922). “La pedagogía idealista de Eugenio D’Ors”. *Humanidades*, Vol. 3. La Plata, pp. 387-400.

José Gabriel (1923). “Una rebeldía”. *Valoraciones*, n°1. La Plata, 1923, pp. 28-33.

José Gabriel (1926a). *Martorell. Monografía de Arte*. Buenos Aires, Felix Santi.

José Gabriel (1926b). “Marinetti y el Futurismo en pretérito”. *Caras y Caretas*, n°. 1447. Buenos Aires, 26 de junio.

José Gabriel (1926c). “Vasconcelos, amante de la Argentina”. *Caras y Caretas*, n°. 1449. Buenos Aires, 10 de julio.

José Gabriel (1926d). *Vindicación de las artes*. Buenos Aires, Imprenta Mercatali.

José Gabriel (1927). *Farsa Eugenesia*. Buenos Aires, Calpe-Urgoiti.

José Gabriel (1928a). "Arte y belleza". *La Nación*. Suplemento literario. Buenos Aires, 21 de abril, p. 4.

José Gabriel (1928b). "El partido de mañana". *Crítica*. Buenos Aires, 29 de mayo.

José Gabriel (1929a). "El jugador de *football*, ejemplo de arte". *La Nación*. Suplemento literario. Buenos Aires, 6 de enero, pp. 5-6.

José Gabriel (1929b). "Origen del sentido de modernidad". *La Nación*, Suplemento literario. Buenos Aires, 23 de junio, p. 4.

José Gabriel (1932a). *Bandera celeste, la lucha social argentina*. Porter. Buenos Aires.

José Gabriel (1932b). "Camaradas". *Jornada Multicolor*. Buenos Aires, 9 de enero.

José Gabriel (1935). "El teatro estudiantil en la Universidad Nacional de La Plata". *Boletín de la UNLP*, Vol. XIX, n°1. La Plata, pp.144-149.

José Gabriel (1941). "La nueva Universidad", en: Del Mazo, G. (comp.) (1941). *La Reforma Universitaria. Tomo III. Ensayos críticos (1918-1940)*. La Plata, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería de la UNLP, pp. 334-344.

José Gabriel (1942). *Carta de José Gabriel a César Tiempo, 14 de enero*. Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina), Fondo Centro de Estudios Nacionales, Subfondo César Tiempo (AR-BN-ARCH-CEN-CT).

Korn, G. (1963). "El teatro del grupo Renovación", en: AA.VV. (1963). *Universidad "Nueva" y ámbitos culturales platenses*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, pp. 275-290.

Korn, G. (2015). "Estudio preliminar", en: José Gabriel. *De leguleyos, hablistas y celadores de la lengua*. Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, pp.11-42.

Korn, G. (2017). *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la marcha*. Buenos Aires, Las Cuarenta.

López, M. (2010). *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*. EUDEBA. Buenos Aires.

Méndez Calzada, E. (1929). "Para Enrique Méndez Calzada, Jefe del Suplemento de La Nación de los domingos, nuestra literatura tiene 40 a 50 años y cuenta actualmente con 10 a 12 figuras de positivo valor". *La Literatura Argentina*, n° 8. Buenos Aires, abril, pp. 6-8.

"Nuestro ambiente de cultura bibliográfica y quienes lo producen" (1928). *La Literatura Argentina*, n° 4. Buenos Aires, diciembre, pp. 25-27.

- Osorio, R. (1927). “Farsa Eugenesia por José Gabriel”. *Caras y Caretas*, n°. 1502. Buenos Aires, 16 de julio.
- Pettoruti, E. (1968). *Un pintor frente al espejo*. Buenos Aires, Solar / Hachette.
- Ponce, A. (1921). “Evaristo Carriego su vida y su obra”. *Nosotros*, n°. 142. Buenos Aires, pp. 390-394.
- Sarlo, B. (2012). “Sarmiento en el siglo XX”, en: Jitrik, N. y Amante, A. (dir.) (2012). *Historia de la Literatura Argentina, Vol. VI*, Sarmiento. Buenos Aires, Emecé, pp. 367-392.
- Southwell, M. (2011). *Saúl Taborda, Investigaciones Pedagógicas*. Buenos Aires, UNIPE.
- Taborda, S. (1921). “La casa del estudiante en La Plata”. *Revista de Filosofía*. Buenos Aires, enero, pp. 123-126.
- Tarcus, H. (2007). “Gabriel, José”, en: Tarcus, H. (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la nueva izquierda (1870-1976)*. Buenos Aires, Emecé, pp. 229-231.
- “Una generación se juzga a sí misma” (1932). *Nosotros*, n°. 279/280. Buenos Aires, agosto/setiembre, pp. 7-176.
- Vallejo, G. (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)*. Madrid, CSIC.
- Vallejo, G. (2015). “Darwinismo y eugenesia en fantasías literarias de intelectuales argentinos de comienzos del siglo XX: Bunge y José Gabriel”. *Cadernos de Pesquisa*, Vol.15, n°. 107. Florianópolis, pp. 79-99.
- Vallejo, G. (2016). “Figuras culturales de lo nuevo en la ciudad del bosque”, en: Gorelik, A. y Areas Peixoto F. (comps.) (2016). *Las ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 78-95.
- Vallejo, G. (2017). “Barcelona en la cultura científica argentina del cambio del siglo XIX al XX. De Sarmiento a Fors”, en: Girón, A.; Hochadel, O. y Vallejo, G. (eds.) (2017). *Saberes transatlánticos. Barcelona y Buenos Aires: conexiones, confluencias, comparaciones (1850-1940)*. Madrid, Doce Calles, pp. 99-125.
- Vásquez, Karina (2000). “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria”. *Prismas*, n°. 4. Bernal, pp. 59-76.